

CHINA: RADIOGRAFÍA DE UNA POTENCIA EN ASCENSO¹

LAURA RUBIO DÍAZ LEAL
Instituto Tecnológico Autónomo de México

China: Radiografía de una nación en ascenso aparece en un contexto internacional muy significativo. Por un lado, la crisis financiera internacional originada en los países desarrollados, en particular en Estados Unidos de América y Europa, está afectando a todas las economías emergentes, generándoles una desaceleración importante.

China se ha visto afectada por dicha crisis dada su dependencia del mercado estadounidense y la caída en los índices de inversión extranjera directa en el país. No obstante, se pronostica que en el siguiente año su economía seguirá creciendo alrededor de siete u ocho por ciento. Por otro lado, la emergencia de China como pieza clave del sistema político y económico internacional, y la pérdida de competitividad comercial de economías como la mexicana frente a productores chinos, por ejemplo, en el mercado norteamericano, plantea nuevas disyuntivas para el estudioso de ese país, obligándolo a comprender con mayor profundidad las fuerzas sociales, políticas y económicas que están detrás de la emergencia de este gigante asiático, así como buscar las claves que permitan entender los retos y problemas del presente y los que le aguardan en el futuro.

El libro de Romer Cornejo logra ambos objetivos, pues reconoce y presenta la evidencia de su éxito económico, su resultante posicionamiento internacional, y los cambios positivos que éste ha producido en la sociedad china en su conjunto. En este sentido, *China: Radiografía de una nación en ascenso* ofrece un análisis de primer orden de los diversos ámbitos que hacen de China contemporánea un país sin parangón en el mundo: su modelo de desarrollo y las particularidades de su política eco-

¹ Romer Cornejo (coord.), *China: Radiografía de una potencia en ascenso*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 2008.

nómica-agrícola (Anguiano y Rodríguez y Rodríguez), su posicionamiento mundial (Anguiano), su transformación social y cultural (Botton), las reformas políticas y la transformación de la élite política (Cornejo), la implementación de políticas para el combate a la pobreza y el desarrollo del oeste chino (Mondragón), la controvertida posición del gobierno central frente a las minorías étnicas (Haro), y la también controvertida relación con Taiwan (Ríos).

Además, logra mostrar los problemas domésticos que tienen el potencial de amenazar la gobernabilidad y estabilidad del país. Entre los más apremiantes se encuentran, según se muestra en este trabajo colectivo, la mala distribución de la riqueza, las desigualdades entre el campo y la ciudad y, entre las provincias modernas de la costa oriental con las del interior, la corrupción a todos los niveles del aparato burocrático y del Partido Comunista Chino (PCC), así como el deterioro ambiental. Para estos mismos autores, el reto que enfrenta China hoy, es mantener la continuidad de su modelo de desarrollo y crecimiento económico, haciendo frente, a su vez, a sus carencias de recursos naturales, las desigualdades sociales y la corrupción. Todo esto bajo estrictos lineamientos ideológicos y políticos que garanticen la legitimidad del PCC y la integridad territorial del país, su autonomía y un margen de acción amplio frente a las potencias extranjeras. Sin embargo, dada la velocidad con la que ocurren los cambios en China, el que este texto se haya publicado en 2008 cuando los diferentes artículos presentan y analizan las condiciones reinantes en 2005, lo vuelven en cierto sentido anticuado. Debe aclararse que este verdadero infortunio nada tiene que ver con los autores, ni con el coordinador del libro.

En el primer capítulo, Eugenio Anguiano analiza el posicionamiento mundial de China y argumenta que hoy en día puede considerársele una potencia regional con posibilidades de convertirse en una potencia global, basando su peso específico en: *población* (primera del mundo), *extensión territorial* (cuarta del mundo) y *PIB* (segunda del mundo), así como en su posición en las principales organizaciones políticas y financieras internacionales, su presencia permanente dentro del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, su posesión de armas nucleares, la

competitividad, crecimiento y tamaño de su economía y, finalmente, su eficacia diplomática. Para Anguiano, la “Gran Estrategia” del gobierno chino parte de un despliegue multidimensional de su diplomacia, lo cual le ha permitido acrecentar su importancia a nivel global. El ascenso pacífico chino se ha basado en un compromiso con temas multilaterales y una mayor participación en operaciones de paz en diferentes partes del mundo. Sin embargo, este nuevo involucramiento pacífico ha estado condicionado por la necesidad de mantener su posición tradicional frente a temas que percibe pueden amenazar su interés nacional, tales como el respeto a la soberanía de los países, la no intervención, la noción de una sola China, su integridad territorial, entre otros. El carácter multidimensional de su diplomacia, de acuerdo al autor, puede observarse en el hecho de que desde 2005, Hu Jintao y Wen Jiabao han promovido una amplia gama de iniciativas económicas, políticas, de seguridad y culturales para reforzar los vínculos bilaterales y multilaterales del país, ganándole el reconocimiento diplomático de 164 países para 2003 (167 para finales de 2008). En este sentido, de acuerdo a Anguiano, la legitimidad del sistema político vigente se apoya tanto en los resultados que ha logrado el régimen en cuanto al desarrollo económico como en la proyección de China como una potencia global emergente. A este importante conjunto de variables socioeconómicas y políticas identificadas por Anguiano, que han jugado un papel fundamental en el posicionamiento global de China, el *soft power* chino, el cual le ha permitido difundir la cosmovisión y la cultura china más allá de sus fronteras tradicionales, contribuyendo a su vez a generar una imagen del país correspondiente a sus metas geopolíticas y económicas.

Otra desviación de la diplomacia tradicional china que menciona el autor ha sido la forma en cómo ésta ha manejado sus conflictos con sus vecinos en el Sureste Asiático, con respecto a disputas sobre las Islas del Mar del Sur de China. Respondiendo a su nueva tendencia diplomática, la República Popular China maneja estos conflictos bajo nuevos criterios de negociación política, lo cual ha permitido que dichos conflictos del pasado ya no sean objeto de tensiones regionales. No obstante, el conflicto en el Estrecho de Taiwan sigue siendo un problema de seguri-

dad vigente, dado que la suscripción a la noción de una sola China sigue rigiendo sus relaciones bilaterales. Finalmente, partiendo de sus postulados iniciales, Anguiano hace un análisis de las estrategias de largo plazo, las cuales las autoridades chinas están siguiendo para lidiar con los obstáculos a su emergencia como potencia global, entre ellas: trascender el viejo modelo de industrialización hacia uno basado en alta tecnología capaz de generar eficiencia económica; reducir su consumo de recursos naturales, así como su afectación al medio ambiente mediante la construcción de una sociedad frugal. En segundo lugar, buscar su ascenso como potencia global trascendiendo diferencias ideológicas con las otras potencias, generando condiciones a favor de la paz mundial, el desarrollo y la cooperación; y finalmente, construir una sociedad socialista armoniosa. Por tanto, el gobierno chino se vale de una diplomacia multidimensional y multiregional para asegurarse de recursos, hacerse de aliados en todo el mundo, y lograr estabilidad tanto doméstica como regional y global.

En el segundo capítulo, Flora Botton analiza los cambios que ha vivido el país en los ámbitos social, cultural y educativo como resultado de la modernización y las diferentes reformas que se han implementado en estas áreas en las últimas décadas. En el ámbito cultural se han visto nacer nuevas formas de expresión menos subordinadas a la política, acorde a los nuevos gustos y tendencias de consumo de la sociedad china. Asimismo, la autora establece que gracias a la relajación de antiguas formas de control social, los chinos de hoy son libres de escoger trabajo, moverse a lo largo y ancho del país, así como de elegir su estilo de vida. Sin embargo, este relajamiento ha venido acompañado del desmantelamiento de algunas políticas que han implicado la pérdida de beneficios tales como garantías de empleo, educación y servicios de salud gratuitos, particularmente para las mujeres, así como la pérdida de protección del estado frente a ciertos abusos. La modernización y el acceso no equitativo a fuentes de empleo e inversión, educación y salud han generado las bases para una nueva estratificación social en China, tendiente al elitismo y al regreso de antiguos patrones de desigualdad de género. Para Botton, la era de las reformas y la modernidad han producido mayores situaciones negativas para

las mujeres chinas, pese a la nueva ley de la Familia y el Matrimonio de 1997, que castiga el adulterio, facilita el divorcio, y condena la violencia doméstica. Las nuevas familias nucleares imponen a la mujer una doble carga de trabajo, según la cual se espera su contribución al sostén familiar, y a la vez que sea la principal responsable de velar por los hijos y el buen funcionamiento del hogar.

Una de las contribuciones más interesantes de este capítulo es su análisis de la nueva clase media en China, basado en un estudio de la Academia China de Ciencias Sociales (2004). Esta nueva clase media, que abarca apenas entre 4.1 y 6% de la población total, y en las ciudades no rebasa 8.7-12%, está formada por funcionarios públicos y del PCC, gerentes empresariales, trabajadores técnicos especializados, trabajadores de oficina (todos trabajadores de cuello blanco del sector privado que trabajan en empresas extranjeras o mixtas), operadores de pequeñas y medianas empresas o empresarios individuales; se caracteriza por carecer de valores compartidos más allá del consumismo, su poco respeto por la ley, su carácter ostentoso, apatía política y deseo de vivir bien. Parece poco factible que esta clase se convierta en el motor del cambio político en China.

La autora advierte además que el incremento del gasto del PIB (2.5% en 2001) en el sector de la educación ha permitido la modernización de todo el sistema educativo chino, combatiendo así significativamente el analfabetismo, consolidando la educación superior, emprendiendo de esta forma, el largo camino hacia la construcción de una sociedad de conocimiento al estilo de Japón y Alemania. Al mismo tiempo, se ha regresado al sistema de exámenes y de grados académicos tradicional, aunque con nuevos contenidos, y en los últimos años se ha constatado que el sistema educativo chino está reflejando tendencias similares a las de otros sectores, es decir, el acceso a la educación se ha vuelto desigual y elitista.

En su capítulo “El sistema político en la encrucijada”, Romer Cornejo establece que la cuarta generación de líderes tecnócratas que emergió en China a partir de 2002, puso en marcha una serie de reformas con el objetivo de relegitimar y reinventar al PCC y mantener su posición de liderazgo en el escenario político de China, además de reducir las amenazas a la gobernabilidad

del país producidas por la corrupción, la falta de transparencia y de un estado de derecho sólido. Asimismo, esta nueva élite ha acuñado un nuevo discurso en cuyo centro se encuentra la noción de “Democracia socialista con características chinas”, que plantea el fortalecimiento del Estado de Derecho, reitera el papel rector del partido (a la usanza de los cuatro principios cardinales de 1979 de Deng Xiaoping), el principio del pueblo primero, la reivindicación nacionalista, justicia social, y un discurso de frugalidad y armonía social.

Para Cornejo, una de las consecuencias más significativas de la tendencia reformista de la nueva élite política, ha sido la transformación del sistema político chino de uno totalitario a uno autoritario unipartidista, de corte desarrollista que ha requerido descentralizar la toma de decisiones e inventar formas particulares de participación política para incorporar a una sociedad cada vez más compleja y desigual. Esto se ha logrado mediante la introducción de elecciones directas tanto en el campo como en la ciudad. En este proceso, el establecimiento de los Comités de Aldeas en el ámbito rural y de Residentes o Vecinos en las zonas urbanas con sus respectivas legislaciones y asambleas populares, ha dado lugar a lo que Hu Jintao llama un “sistema de congresos populares”, el cual ha sido muy efectivo en revitalizar la noción tradicional de línea de masas, al tiempo que sientan las bases para un cambio significativo en la cultura política del país.

Otro fenómeno político de suma importancia al que el autor dedica considerable espacio, es el de las manifestaciones populares de protesta, llamadas por las autoridades chinas “incidentes de masas” y que según reportes del ministerio de seguridad pública aumentaron de 8700 casos en 1993 a 74 000 en 2004. De acuerdo con Cornejo, si bien este mecanismo para ventilar abusos y quejas de la sociedad china no es nada nuevo, en la actualidad es un medio legítimo y eficaz para exigir mayor respeto a la legalidad y la transparencia. Contrariamente a lo que con frecuencia se estipula en la prensa occidental, estas manifestaciones difícilmente pueden ser consideradas precursoras de movimientos prodemocráticos, ya que los temas de disputa, como enfatiza Cornejo, tienen que ver más con abusos de poder de las autoridades locales, descontento generado por tierras en

disputa, agravios causados por excesivos impuestos en el campo y la corrupción, entre otros, que con la búsqueda de pluralismo político. Esto se puede constatar, además, en el hecho de que la sociedad civil en China, que sería la que podría propiciar esto en otros escenarios, es aún incipiente, se encuentra limitada por el Partido Comunista Chino y carece de la capacidad de convertirse en una alternativa política viable en el corto y mediano plazos, así como de movilizar a las masas.

Las ambiciosas reformas y enmiendas constitucionales de 2004 analizadas por el autor tienen como objetivo construir un estado de derecho que permita erradicar la corrupción en China para 2014. A pesar de las contradicciones y limitaciones inherentes a las mismas, de acuerdo a Cornejo, éstas denotan claramente la voluntad política del gobierno chino de dotarse de un marco legal e institucional, así como de su cabal aplicación para acercarse a sus metas en el mediano plazo. Estas reformas representan uno de los primeros esfuerzos por establecer las bases jurídicas para garantizar ciertos derechos individuales frente al Estado. Al mismo tiempo, representan un cambio fundamental en la concepción del estado de derecho en China, es decir, según Cornejo, al inicio de las reformas, el discurso sobre el estado de derecho respondía por sobre todas las cosas a la necesidad de crear un clima propicio para la modernización y el desarrollo económico, mientras que en la actualidad, el estado de derecho se concibe como un requisito fundamental para garantizar la gobernabilidad del país, así como su credibilidad internacional. De esta manera, el gobierno de Hu Jintao busca generar un equilibrio entre el crecimiento económico y la armonía social, lanzando una campaña de principios éticos que rijan la conducta, tanto de los funcionarios públicos, como de la sociedad en su conjunto, así como una campaña de transparencia al interior de los gobiernos locales, de concientización social sobre los peligros de la corrupción y en contra de la impunidad de los altos mandos del partido y del gobierno. Este nuevo marco institucional creado en China en los últimos años al que hace alusión Cornejo, gira alrededor de órganos anticorrupción como el Ministerio de Supervisión (para funcionarios del gobierno) y la Comisión Central Disciplinaria (para miembros del Partido Comunista Chino), los cuales, con frecuencia,

tienen que recurrir a procedimientos legales. Esto ha implicado reformas al sistema legal chino para establecer mecanismos más efectivos, hasta ahora inexistentes, de rendición de cuentas en los procedimientos internos.²

Como parte de las reformas de 2004 analizadas por el autor, se encuentra la inclusión de la Teoría de las Tres Representatividades enunciada por Jiang Zemin en el XVI Congreso del PCC en 2002, la cual reconoce la necesidad de legitimar al partido atrayendo a sus filas a las fuerzas productivas de vanguardia, es decir, al nuevo empresariado chino, a la élite intelectual (la cultura más avanzada), y el pueblo chino en su conjunto, permitiendo la militancia de las nuevas clases medias dentro del sistema político chino. Con todo lo anterior, concluye Cornejo, el partido ha reconstruido lo que él llama “la oferta ideológica”, que se había perdido como resultado de la inercia de las reformas y la búsqueda del desarrollo, y que se ha manifestado principalmente en la instauración de elecciones libres y directas, de abajo hacia arriba, en la lucha anticorrupción, al mismo tiempo que reafirma los límites al desarrollo de lo que podrían ser ofertas políticas alternativas.

Ma. Teresa Rodríguez y Rodríguez y Eugenio Anguiano analizan los logros y perspectivas de la política de desarrollo económico de China que ha transitado de un modelo basado en la economía centralmente planificada, a uno basado en el libre mercado y la apertura al exterior, manteniendo la meta de largo plazo de alcanzar el comunismo. Este cambio permitió pasar, de lo que los autores llaman un círculo vicioso en el que estaba sumergido el país durante los años sesenta, a uno virtuoso de crecimiento sostenido bajo un modelo *sui generis* de desarrollo. Anguiano y Rodríguez usan la teoría de Walt W. Rostow para explicar las cinco diferentes etapas por las que pasan las economías del mundo en su proceso de desarrollo: la sociedad tradicional, las condiciones previas para que se produzca el despegue, el despegue mismo, el impulso hacia la madurez y la edad del consumo abundante y masivo. Los autores establecen

² Véase por ejemplo, Quade, Elizabeth, “The Logic of Anticorruption Enforcement Campaigns in Contemporary China”, *Journal of Democracy*, 2007, vol. 16, núm. 50, Febrero, p. 75; y Yong Guo, “Corruption in Transitional China: An Empirical Analysis”, *The China Quarterly*, núm. 194, pp. 349-364.

que la economía china ha pasado por las primeras tres etapas, y para entender el proceso de crecimiento chino, analizan las condiciones en las que se dieron las aspiraciones a la modernidad a principios del siglo XX y la posición de desventaja en la que se encontraba el país frente a las potencias extranjeras en ese momento. La única reserva al uso de la teoría de Rostow es que los autores no la explotan suficientemente, ya que de las tres variables fundamentales del desarrollo de dicha teoría: inversión, patrones de consumo y tendencias sociales, los autores se centran fundamentalmente en la primera, y a lo largo de su capítulo no entretienen consistentemente elementos importantes de la teoría rostowiana con su análisis. Asimismo, al final del texto no encontramos consideraciones finales o conclusiones que adviertan la utilidad del uso de la misma para comprender el despegue de la economía china, como para que valiera la pena siquiera su mención.

La acumulación de capital, la industrialización y el crecimiento acelerado durante el periodo Maoísta, de acuerdo a los autores, si bien se llevó a cabo a costa del crecimiento del consumo de la población y habiendo cometido errores en política económica con graves consecuencias sociales, produjeron las condiciones necesarias para lograr el despegue y la modernización a gran escala de la economía china. La nueva estrategia económica que se implementó hacia finales de la década de los setenta se caracterizó por tener un menor contenido ideológico, una tendencia hacia la experimentación y a cambiar de ruta si las circunstancias así lo ameritaban y, finalmente, por el gradualismo. Para Anguiano y Rodríguez, lo más significativo de la nueva estrategia fue la integración de los diferentes sectores productivos y la inserción de la economía china al sistema económico y financiero internacional, lo cual le permitió atraer capital extranjero y hacerse de mercados para sus productos de exportación. En los ochenta, estas dos variables se habían convertido en el verdadero motor de la economía china permitiendo tasas de crecimiento sostenido (1985-2000) de hasta 10% anual. Sin embargo, los autores advierten que el despegue de la economía china ha tenido altos costos ambientales, sociales y ha ocasionado la pérdida de autosuficiencia en ciertos recursos estratégicos; el desarrollo y la industrialización han generado

altos índices de contaminación ambiental y de las principales vías fluviales, de deforestación, de reducción considerable de tierras cultivables por desgaste y contaminación. La distribución de la riqueza no ha sido equitativa, lo cual ha generado desigualdades crónicas entre los trabajadores urbanos y los campesinos, así como entre las provincias de la costa este del país y las del interior.

Finalmente, lo que podría considerarse como una explotación irracional y poco eficiente de los recursos naturales de China ha producido la pérdida de autosuficiencia alimentaria y energética. Para poder pasar a una etapa de consolidación y madurez que le permita a China alcanzar un sistema plenamente socialista, Anguiano y Rodríguez argumentan que las autoridades chinas deben generar condiciones de amplio desarrollo de las fuerzas de producción, a la vez que implementan políticas de desarrollo sustentable, con uso intensivo de tecnología verde. En este sentido, es imperativo, de acuerdo a los autores, que China pase de un modelo de desarrollo cuantitativo, a otro de crecimiento cualitativo.

En el capítulo quinto, Ma. Teresa Rodríguez analiza la evolución de la agricultura en el contexto de la creciente apertura de China al exterior, su ingreso a la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001 y la resultante paulatina liberalización de este sector tan importante de la economía china. Como parte del sector agrícola en China, el análisis incluye los cultivos, la silvicultura, la pesca y la ganadería. Este capítulo parte de la premisa de que a pesar de la diversificación de la economía y la transformación de la sociedad china en las últimas décadas, China sigue siendo fundamentalmente un país agrícola. Por lo tanto, para la autora, éste ha sido un sector vital de la economía doméstica, tanto por su contribución al crecimiento del país como por lo que representa para la seguridad del mismo, ya que sigue siendo el sector del que depende para su sustento la mayor parte de la población. La profundidad del análisis y la extensión del conocimiento de la autora sobre este tema, hacen de este texto uno de singular importancia, y su contribución al campo de estudio es invaluable.

En los últimos años, el sector agrícola ha tenido que adecuarse a los compromisos internacionales que el gobierno chi-

no ha asumido desde su ingreso a la OMC, lo cual ha hecho mediante la implementación de nuevas estrategias de desarrollo para el campo que buscan impulsar un ajuste estructural a través del uso de suelo; el mejoramiento del ingreso rural, de la regulación, de las técnicas de cultivo (e introducción de nuevas variedades de semillas); de la infraestructura agrícola y la cría de ganado, así como el sistema de financiamiento rural y la tributación, entre otras cosas. Al mismo tiempo, se provee de mecanismos para su protección frente a los efectos nocivos de la apertura. La autora señala que a pesar de que en el discurso político (x Plan Quinquenal 2000-2005) las autoridades chinas le han dado prioridad al sector, en la realidad, la inversión que fluye a la agricultura sigue siendo marginal en comparación con el que se destina a otros sectores de la economía; a su vez destaca la dificultad de dilucidar el monto real de los apoyos gubernamentales directos a la agricultura y los subsidios que se otorgan tanto a la inversión agrícola como a los insumos mismos. Para el gobierno chino, cualquier mejoramiento que se produzca en el campo debe provenir de actividades secundarias y terciarias de la economía y no necesariamente de la inversión directa pública.

Un fenómeno que se ha desarrollado en los últimos años y que ha afectado de manera significativa la composición laboral en el campo, ha sido el cambio en la distribución de los insumos de trabajo, la reducción relativa del ingreso resultante de los cultivos básicos a favor del aumento del ingreso derivado de cultivos comerciales, la industria, el transporte y los servicios. Según Rodríguez, esto nos habla de un proceso de diversificación muy importante en la producción, así como en las actividades y las fuentes de ingreso de las familias campesinas en China, en gran medida producto de la proliferación de empresas industriales rurales tanto públicas como privadas. La autora analiza el crecimiento experimentado en el comercio agropecuario, así como las características de las nuevas instituciones de crédito y el financiamiento rural. Señala igualmente el lento incremento de la producción y la importación creciente de granos, oleaginosas, y la expansión de cultivos comerciales.

El ingreso de China a la OMC ha tenido consecuencias importantes para la economía china en general, y para el sector

agropecuario en particular. Por un lado, el gobierno chino ha tendido a subsidiar las exportaciones de productos agropecuarios en los que tiene una desventaja comparativa en el mercado internacional (particularmente en los productos intensivos en tierra), y a cuyos productores la apertura de la economía ha afectado directamente. Rodríguez no ve que esta tendencia vaya a cambiar en el corto y mediano plazo. Por otro lado, China ha avanzado en sus negociaciones con diferentes economías miembro de la OMC para que se le reconozca como “economía de mercado”, antes del tiempo estipulado en su protocolo de adhesión. Esto le permitirá tener condiciones más favorables en su relación comercial con otros países. La autora reconoce que aún persisten irregularidades y trato desigual a bienes agropecuarios de importación para proteger a los productores nacionales. Quizás a los que más ha afectado la apertura es a los agricultores de subsistencia, es decir, a los campesinos que producen para el autoconsumo y que no producen otros bienes susceptibles de comercializarse, por lo que pagar por sus alimentos básicos en los mercados representa un deterioro de su nivel de vida. Sin embargo, no todo el panorama es negativo; se reconoce que desde el ingreso de China a la OMC, el gobierno chino ha permitido la formación de asociaciones de productores y de campesinos con el fin de que éstas sirvan de intermediarias con las autoridades locales frente a situaciones problemáticas, como lo es el uso de la tierra.

Finalmente, Rodríguez retoma el tema del deterioro ambiental para analizar las formas en que éste ha afectado a la agricultura, y establece dos principales efectos negativos: la contaminación del agua y su uso indiscriminado que ha llevado a su escasez; y la pérdida de tierra cultivable, producto de la construcción de empresas industriales, vivienda y la creciente urbanización. Rodríguez advierte que es responsabilidad del gobierno chino buscar nuevas formas de ahorro de recursos tan vitales para la agricultura como el agua, y la reconstrucción de la flora en áreas de ecología frágil. Además de la recuperación ambiental en general, también es necesaria la inversión al sector para alcanzar los límites fijados por la OMC para su desarrollo, y compensar los rezagos de la apertura y la tendencia generalizada a favorecer el desarrollo urbano/industrial. Rodríguez

concluye su capítulo replanteando la importancia de este sector, partiendo de la pérdida de autosuficiencia alimentaria y la vinculación del abastecimiento de alimentos a la seguridad nacional, para mantener la tan buscada estabilidad social y política en el país.

El capítulo de Carlos Mondragón sobre el combate a la pobreza y la iniciativa de desarrollo del oeste chino hace un análisis crítico sobre las medidas que se tomaron como parte de esa iniciativa (2001-2010) lanzada por Jiang Zemin, así como de sus resultados, rezagos y perspectivas. Mondragón ofrece un panorama general sobre el estado actual de la pobreza en esa región de China usando como estudio de caso la zona marginada de la Región Autónoma del Tibet (RAT). Si bien este capítulo es provocador en sus postulados, y uno podría o no estar de acuerdo con ellos, la evidencia que presenta (datos duros provenientes de organizaciones internacionales, fuentes chinas, y de estudio de campo llevado a cabo por el autor mismo) es contundente. Este capítulo nos permite entender el problema de la pobreza y desigualdad social en China como uno multidimensional e íntimamente relacionado con la diversidad étnicocultural, así como con las condiciones geográficas del país y las múltiples contradicciones políticas del régimen comunista, que han llevado a un clima de corrupción insostenible en el largo plazo.

El análisis parte del argumento de que los problemas de pobreza, desigualdad y exclusión social en China, a pesar de las obvias diferencias históricas y culturales no son exclusivas de la RPC, sino que han sido experimentadas por otros países en desarrollo, con sistemas políticos plurales y en un contexto económico de pleno capitalismo, por lo que dicha condición puede considerarse como transitoria y sólo como una etapa en su largo proceso de desarrollo. A pesar de que el sacar a más de 150 millones de chinos de la pobreza extrema es un éxito innegable de los diferentes programas de desarrollo del gobierno chino de los últimos treinta años, el país tiene más de 100 millones de personas que se encuentran aún viviendo por debajo de la línea internacional de la pobreza. Una de las principales contribuciones de este capítulo es el análisis que hace sobre el problema de las contradicciones y ambigüedades existentes en las estadísticas oficiales, con respecto a la forma de contabilizar

y establecer el índice de pobreza en el país, el cual constituye un verdadero problema para el estudioso de este fenómeno en China.

De acuerdo al discurso oficial al momento de la publicación de este texto, el número de pobres se había reducido a 20 millones. La principal diferencia entre los índices internacionales de medición y los nacionales radica en que los primeros parten del supuesto de que el nivel de miseria se mide por la capacidad de consumo, estableciendo como mínimo “dólar por día”. Los índices chinos, por su parte, usan como variable fundamental de medición el ingreso, ignorando, como establece el autor, el consumo real por familia, los índices de precios del consumidor y la existencia misma del fenómeno de la pobreza urbana, así como de la población flotante de inmigrantes económicos. De esta forma, el problema se vuelve unidimensional en vez de multidimensional como se aprecia en las formas de medición internacionales. Las cifras del Banco Asiático de Desarrollo y del Banco Mundial, comparadas con las chinas, muestran un diferencial de 32 dólares EE.UU. anuales, lo cual nos indica que hay varios millones de personas a quienes el gobierno chino niega el estatus de pobres, teniendo un impacto significativo sobre su política de desarrollo (300 millones de personas contra 18 millones reconocidos por las autoridades chinas, de acuerdo al autor).

El autor analiza las dos iniciativas más importantes del gobierno de Jiang Zemin para erradicar la miseria de China: la Iniciativa para la Reducción de la Pobreza 2001-2010 (IRP) y la del Desarrollo de la Región Occidental (IDRO) 2000-2010, las cuales pretendían continuar con las políticas de desarrollo implementadas por su predecesor Deng Xiaoping centradas en el desarrollo de las provincias de la costa este del país. No obstante, estas dos debían reproducir este exitoso modelo en las provincias pobres del interior de China, particularmente en las más marginadas del centro y del oeste del país. De acuerdo a Mondragón, dada la ineficacia de sus premisas y programas, después de cinco años de vida, y antes de cumplir con su cometido, la segunda dejó de existir con la presentación del XI Plan Quinquenal (2005-2010). Desde entonces, ésta ha sido sustituida por un conjunto de medidas de alivio *ad hoc*, tales como la abo-

lición en 2006 de uno de los impuestos agrícolas que más pesaba sobre la economía de las familias campesinas, y que era en parte responsable de los desequilibrios en el desarrollo de las zonas rurales y urbanas. Éstas medidas han respondido al compromiso del gobierno chino de cumplir las 15 Metas de Desarrollo del Milenio acordadas por Naciones Unidas en 2002.

Durante la primera fase de la Iniciativa del Desarrollo del Oeste se implementaron políticas de subsidios por parte de los gobiernos de las provincias de las costas, para financiar proyectos en las provincias del interior; se crearon programas de inversión tanto extranjera como pública para financiar proyectos de infraestructura a gran escala: carreteras provinciales, presas hidroeléctricas (en Sichuan y Ningxia), el gasoducto Xinjing-Fujian, el ferrocarril de 1140 km que habría de unir a Qinhai y a Tibet (concluido en 2005), la construcción de 22 aeropuertos regionales, entre otros. Según Mondragón, todos estos proyectos han estado plagados de problemas de corrupción, un excesivo despilfarro de recursos en infraestructura (45% del PIB), los cuales han generado problemas de degradación ambiental y han agravado los problemas existentes con algunas de las minorías del oeste chino, como en Xinjiang y Tibet.

De la misma manera, las metas originalmente planteadas por la IDRO de superar la brecha del ingreso entre el campo y la ciudad, erradicar la pobreza y fomentar modelos de desarrollo sustentable en la región, no se cumplieron del todo. Si bien el flujo de capitales fue sustancial y el desarrollo de infraestructura ha servido para conectar a las provincias de la costa con las del interior, intensificando los flujos comerciales entre estas dos zonas de China, en ese primer quinquenio, los rezagos fueron significativos. Las grandes inversiones en infraestructura generaron grandes desequilibrios en las finanzas públicas de la RPC y han acentuado las irregularidades y la corrupción, así como el clientelismo entre la clase empresarial y funcionarios del gobierno a nivel municipal, prefectural y provincial. La crítica a esta parte del análisis de Mondragón radica en el sesgo de su evaluación; es decir, proyectos de infraestructura como los mencionados por el autor han tenido un impacto positivo en sectores como el turístico, que gracias a los nuevos aeropuertos, carreteras y ferrocarriles ha recibido un impulso sin precedentes

en la historia del país, generando empleos y la proliferación de pequeños negocios dedicados a servicios para este sector.

En el caso de estudio que se presenta, Mondragón plantea que las estructuras socioeconómicas de la RAT han logrado sobrevivir gracias a un derrame de subsidios que se instauraron prácticamente a partir de la anexión del Tibet Central por parte de las autoridades centrales en la década de los cincuenta. Actualmente, esto se ha traducido en una excesiva dependencia económica del gobierno provincial de la RAT con respecto al gobierno de Beijing, y todos estos subsidios no han llegado a las zonas rurales en donde se concentra la mayor parte de las comunidades pastorales o semipastorales de Tibet. Mondragón argumenta que esta dependencia, sumada a las irregularidades en la distribución de la ayuda y de bienes y servicios proveniente del gobierno central, así como el aislamiento natural (geográfico) en el que vivieron por décadas, son en gran medida, responsables de la exclusión social en la que viven los tibetanos actualmente. El autor concluye que las iniciativas para la erradicación de la pobreza en China han tenido como consecuencia fundamental el desarrollo de nuevas formas de pobreza y desigualdad social, las cuales afectan a miles de comunidades rurales, particularmente las de las minorías étnicas que han vivido en los márgenes socioeconómicos y geográficos de la RPC. Finalmente, advierte que es indispensable reconocer el carácter multidimensional de la pobreza en China, así como el papel que ha jugado la enorme diversidad cultural e histórica en el desarrollo de las civilizaciones que forman parte del universo chino, hecho que sugiere, de acuerdo al autor, la necesidad de replantear la conceptualización de la pobreza misma.

En el capítulo séptimo, Francisco Javier Haro analiza el discurso oficial del gobierno central en Beijing frente a las minorías nacionales que constituyen entre 6 y 8% de la población y habitan 64% del territorio nacional. Para su análisis, Haro se enfoca en el proceso de formación de identidades étnicas partiendo de la experiencia histórico-religiosa de las minorías, particularmente en las provincias de Xinjiang donde habita la minoría musulmana uigur y Xizang o Tibet, utilizando el concepto de metaetnicidad para medir el grado de identificación/pertenencia de estas minorías a su grupo, *vis à vis* la mayoría

Han. El autor establece que el discurso de Beijing frente a las minorías se ha caracterizado por su tendencia paternalista, civilizadora, y pragmática, a la vez que privilegia a la mayoría Han en cuanto a su posición frente al estado chino.

Haro inicia con un análisis de la situación socioeconómica actual de ambas provincias, para luego pasar a analizar el sistema tributario de relaciones internacionales chino que definió durante siglos, las relaciones asimétricas que tenía el país, tanto con sus países vecinos, como con las etnias que habitaban sus fronteras culturales. Estas fueron incapaces de crear estados suficientemente fuertes, por lo que eventualmente fueron incorporadas a la República Popular China. De acuerdo al autor, Xinjiang y Tibet pueden ser definidas por su enorme dimensión, su localización estratégica y geografía compleja, así como por su carácter multiétnico. Sin embargo, estas características no han apoyado su desarrollo económico, ni generado tendencias, parecidas entre sí, en la formación de sus identidades étnicas.

Estas provincias difieren en su situación económica, en tanto que Tibet no ha logrado salir de la economía de subsistencia y depende fundamentalmente del sector agrícola y ganadero, mientras que Xinjiang tiende a la industrialización, cuenta con mayores recursos naturales y humanos, a la vez que mantiene relaciones comerciales activas con sus países vecinos el Asia Central. No obstante, las dos provincias comparten una relación de dependencia económica con el gobierno central y, a pesar del incipiente desarrollo industrial de la segunda, ambas se encuentran en una situación económica de subdesarrollo. Asimismo, ambas están experimentando una rápida transformación de su composición demográfica tradicional, a favor de la mayoría Han, es decir, con la creciente transferencia de chinos Han a las regiones de las minorías étnicas, éstas han ido perdiendo gradualmente su estatus de mayoría en sus regiones.

La tendencia actual, según el autor, es hacia la desaparición de algunas minorías étnicas en el país. En el caso de Xinjiang y Tibet esta recomposición ha generado un proceso casi permanente de construcción y reevaluación de sus identidades étnicas. Frente al proceso de construcción de identidades metaétnicas, el autor concluye que el gobierno chino es obligado

a recurrir a toda una serie de argumentaciones tanto ideológicas como mitológicas e históricas para justificar su relación con las diferentes minorías étnicas, así como la inclusión de éstas en el universo político de la RPC, en supuestas condiciones de igualdad. Asimismo, se reserva el derecho de preservar sus culturas y promover su desarrollo, como un gesto de lo que perciben es su mandato histórico. De esta forma, la lucha por la hegemonía cultural sigue siendo el eje de las relaciones entre el estado y las minorías étnicas.

En el último capítulo Xulio Ríos analiza la relación entre la República Popular China y la República de China en Taiwan (RC) y su evolución en los últimos veinte años, partiendo del hecho de que ambas apoyan la noción de una sola China, aunque bajo postulados diferentes. Ríos establece que las variables más importantes que han determinado el ambiente de la relación actual han sido, la compleja situación política de Taiwan, los cambios en la conformación demográfica de la isla, y la gradual desaparición de la élite política nacida en la china continental, así como el proceso de formación de una identidad taiwanesa diferente a la china.

La cuestión política en el Estrecho de Taiwan es sumamente compleja. Primero, para China, Taiwan es una parte indiscutible de su territorio, a pesar de que actualmente se encuentre en condiciones de rebeldía. Segundo, durante décadas, la élite política de Taiwan mantuvo la posición de que la RC era el gobierno legítimo de China. Tercero, ni Taipei ha gobernado sobre el continente, ni Beijing sobre la isla, por lo que ninguno puede ejercer jurisdicción sobre el territorio del otro. Cuarto, la RPC ha promovido la cuestión del Estrecho de Taiwan como una cuestión doméstica, con el fin de evitar el intervencionismo de potencias extranjeras como Estados Unidos. Finalmente, desde el ingreso de la RPC a la ONU y la resultante expulsión de la RC de la misma, la RPC ha llevado a cabo una política de aislamiento de Taiwan en el sistema internacional, condicionando sus relaciones diplomáticas con terceros países a su previa ruptura de relaciones con la RC. Asimismo, ante cambios en el sistema político de Taiwan que las autoridades de la RPC perciben como una amenaza a la noción de una sola China, el gobierno chino ha respondido con intimidación militar.

No obstante, es interesante constatar que este escenario político difiere en gran medida del escenario económico de la relación, es decir, a partir de la apertura económica de China en los ochenta, la inversión y el comercio en el Estrecho de Taiwan creció tanto, que analistas empezaron a describir este acercamiento como el desarrollo de una simbiosis o interdependencia económica que beneficiaba a las dos partes, y que, en el futuro, podría convertirse en el catalizador más importante del mejoramiento de las relaciones sino-taiwanesas. En Taiwan se expresan y contienden dos posturas radicales sobre la relación con China, y en ellas radica la diferenciación de los partidos políticos del país. Por ejemplo, el Partido Democrático Progresista (PDP) basa su plataforma política en el derecho a la autodeterminación de Taiwan y en la negación del principio de una sola China, buscando la independencia de facto y de jure de la isla. El GMD mantiene la postura de una sola China y habla de la necesidad de llevar a cabo negociaciones con el gobierno chino para lograr en el futuro la reunificación pacífica con el continente. En todo caso, el panorama en la década de los noventa, y en el periodo 2000-2005 de acuerdo a Ríos, parecía apuntar hacia el mantenimiento del statu quo, a pesar de la pérdida del poder del GMD en las elecciones de 2000, y la subida al poder del PDP. La actitud de este partido durante la primera etapa de su gobierno, se caracterizó por un discurso dual: conciliador y promotor del diálogo con la RPC por un lado, y renuente a renunciar a lo que Ríos llama su tendencia soberanista, por el otro.

De acuerdo al autor, lo anterior se debe al supuesto (del PDP) de que Taiwan es un país independiente de facto. Lo que vemos es que en la última década, la relación con China ha transitado de la indiferencia calculada, al alejamiento hostil, y en la segunda etapa del PDP en el poder (ya no cubierta por el texto), de nuevo a la indiferencia calculada regida por intereses económicos que exigen un acercamiento novedoso. Tal es el caso del inicio de contactos directos mediante, por ejemplo, el establecimiento en 2008 de vuelos directos entre Taiwan y la RPC. Ríos termina su texto con un análisis del papel que juegan las potencias extranjeras como Estados Unidos y la Unión Europea en la cuestión de Taiwan, y establece que aún en el es-

cenario de estancamiento de las negociaciones para la futura reunificación, es indispensable generar un clima de confianza entre las dos partes, en el que deben participar tanto Estados Unidos como la UE, con el fin de evitar una confrontación bélica, así como apoyar iniciativas prácticas que contribuyan a mejorar y ampliar los vínculos existentes entre la RPC y la RC.

A manera de conclusión, no cabe duda que la radiografía que se presenta en este libro coordinado por Romer Cornejo, llena una importantísima laguna en el conocimiento sobre este país en la literatura en español, por lo tanto, su lectura es obligatoria para el estudioso de China. Al mismo tiempo, es de celebrarse su impecabilidad editorial, a crédito no solamente de los colaboradores y del coordinador de la obra, sino también del Departamento de Publicaciones de El Colegio de México. ❖